

EL MUNDO

Domingo, 15 de noviembre de 2009. AÑO XXI. NÚMERO: 7.272. EDICIÓN MADRID. PRECIO: 2,20 EUROS

MERCADOS

> ACTUALIDAD ECONÓMICA

Somos el país de Larra

MIGUEL A. BELLOSO

El periodista Mariano José de Larra estigmatizó la burocracia de principios del XIX como indolente y poco servicial. Casi dos siglos después, bien pertrechada tecnológicamente, todavía arrastra el baldón. Sigue siendo muy difícil librarse del 'Vuelva usted mañana'. Hoy tenemos más funcionarios que nunca pero la eficiencia de la Administración no ha crecido como cabía esperar con el paso inexorable del tiempo. La inyección de personal no ha generado músculo sino grasa. Colesterol malo. Sólo el año pasado, el número de empleados públicos aumentó más de cien mil, hasta rebasar los tres millones. Muchos de ellos son redundantes, otros están ociosos, comiendo una sopa no tan boba, pues desde que gobiernan los socialistas llevan ganando poder adquisitivo, ya sea en la expansión o bajo la crisis, en la salud y en la enfermedad. La descentralización del Estado ha sido letal. Todo se ha multiplicado, como mínimo, por diecisiete, que es el número de nuestras irresponsables autonomías: el Parlamento, los ministros o consejeros, los diversos tribunales... Hay más de cincuenta televisiones públicas, sumadas las regionales y locales, y el número de coches oficiales y sus correspondientes conductores supera los mil. Pero tanto servidor público es incapaz de satisfacer a los ciudadanos o de colmar las exigencias de los políticos, rodeados de multitud de consejeros áulicos: Zapatero tiene 640 asesores y colaboradores; Montilla, 225. Los dos se creen socialistas ejemplares. Mientras el número de funcionarios se multiplica, el de empresarios encoge. No es extraño. La crisis ha impactado en un tejido social ad hoc, que prefiere la seguridad, abomina del riesgo y siente un deseo incontenible por sacar la oposición. El corolario será una vida poco brillante pero resuelta y cómoda. Es ésta una suerte de selección adversa, por la que se desperdician incluso los mejores talentos, instalados en la mediocridad burocrática. Pero un país con tanto funcionario no es sano. Y un país en el que la principal aspiración de los jóvenes es serlo, tampoco.

© Mundinteractivos, S.A.

La tribu de los economistas



**ANÁLISIS DE
ACTUALIDAD**

Francisco Cabrillo

Un colega norteamericano me decía hace unos días que el premio Nobel que le ha sido otorgado a Elinor Ostrom ha sentado a los economistas más o menos como el Nobel de la paz a Obama ha caído entre los políticos y los votantes del partido republicano. ¿A qué se debe el poco entusiasmo hacia esta señora, que es, por cierto, la primera mujer que obtiene tal galardón? Como en el mundo del espectáculo, no es precisamente la modestia y el respeto a la obra de los colegas la principal característica de los catedráticos de economía (y no olvidemos que son ellos, casi con exclusividad, los posibles candidatos al premio Nobel). Al igual que ocurre con otros muchos colectivos, los economistas académicos compartimos una serie de valores y de formas de entender la vida –un ‘capital social’– que refuerza los lazos internos de la corporación, por una parte, y nos aísla de grupos diferentes, por otra.

Lo que Ostrom ha hecho es, en esencia, trabajar sobre un problema muy conocido en la literatura económica, denominado la “tragedia de los bienes comunales”, que hizo famoso en su día Garret Hardin. La idea es bastante simple. Si no existen derechos de propiedad bien definidos, y todo el mundo tiene acceso sin costes al uso de determinados recursos, éstos serán explotados de forma ineficiente. Piénsese, por poner sólo un ejemplo, en un banco de pesca al que tengan acceso sin límites cuantos barcos quieran. Su trabajo ha consistido, básicamente, en plantear propuestas de instituciones que puedan resolver un problema de tanta importancia para la actividad económica.

Somos muchos los economistas que pensamos que su obra, aunque incluya algunas aportaciones interesantes, está lejos de alcanzar el nivel que se supone debería exigir el jurado del que es el premio de mayor

prestigio en el mundo. Pero en el poco aprecio que la mayor parte de la profesión ha tenido de la decisión del Comité Nobel hay algo más: creo no equivocarme si afirmo que la mayoría de los economistas no consideran a la señora Ostrom como una colega; es decir, piensan que lo que hace no es economía. Mi viejo profesor en la Universidad de California, Axel Leijonhufvud, escribió, hace ya bastantes años, un divertido artículo en el que se acercaba a la estructura de nuestra profesión de forma semejante a cómo actuaría un antropólogo que estudiara los pueblos de las islas de la Polinesia. También los economistas tenemos nuestras particulares estructuras sociales, nuestras peculiaridades que tan extrañas resultan a los extranjeros, nuestros mitos y nuestros tabúes.

La tribu de la ciencia política

En su estudio de tan curiosa tribu, distinguía Leijonhufvud entre los diversos grupos que forman la tribu de los economistas; y –lo que hoy más nos interesa– apuntaba que, en los límites del territorio de ésta, vive un pueblo con el que los economistas tienen el menor trato posible, ya que sus miembros son considerados como pertenecientes a una casta inferior. Este es el pueblo de los “politos”. Y es a esta tribu de la ciencia política a la que mucha gente piensa que realmente pertenece la ganadora del premio Nobel. Cuando se ha leído este artículo, uno puede entender mejor no sólo los recelos que despiertan algunos científicos sociales, sino también por qué los economistas no somos, por lo general, unos profesionales especialmente queridos por nuestros colegas de otras facultades.

Bromas antropológicas aparte, el tema tiene más importancia de lo que este caso concreto permite suponer, ya que lo que aquí se está planteando realmente es el contenido mismo de la economía como ciencia. Desde hace algunos años, el Comité Nobel viene alternando premios a especialistas en campos tradicionales de nuestra disciplina (teoría de los precios, macroeconomía, econometría, etc.) con otros cuya relación con la economía es sólo parcial. Ejemplos de estos últimos son la teoría de los juegos, la psicología o, en esta ocasión, el diseño de instituciones.

Es cierto que, en sentido estricto, ni Nash, ni Kahneman, ni Ostrom pueden ser considerados economistas. Pero es evidente también que los problemas que ellos han estudiado tienen mucho que ver con el análisis de la naturaleza del hombre y las instituciones sociales y contribuyen al desarrollo de aspectos relevantes de la economía. Por ello, no creo que tenga mucho sentido que algunos economistas se rasguen las vestiduras por el hecho de que se estimulen programas de investigación que intentan relacionar nuestra ciencia con otras disciplinas.

La economía surgió, en el siglo XVIII, como una parte de lo que entonces se denominaba la filosofía moral. Con el tiempo, desde el tronco común, se pasó a una especialización, sin duda necesaria, que ha permitido avances que, sin ella, serían impensables. Pero esto no debería implicar la negativa a aceptar enfoques que, desde otras perspectivas, pueden ayudarnos a entender la lógica siempre compleja del comportamiento humano.



Historias liberales y el liberalismo como conducta



ENSAYOS LIBERALES

Tom Burns Marañón

Hace unos días, cuando hacía tiempo antes de presentar en rueda de prensa la Semana Marañón, que se inaugura esta tarde en la sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid, me encontré con Manuel Pizarro, el hombre que pasará a la historia por haber dicho las verdades a Pedro Solbes y al país entero en la campaña electoral de 2008, y que es hoy diputado raso del Partido Popular. Pizarro, persona tan ilustrada como liberal, se puso muy contento cuando le dije que, dentro de unos minutos, tenía que explicar a los medios la celebración de unas jornadas dedicadas a Marañón y el Liberalismo, estudió el tríptico que le di detallando las distintas conferencias y mesas redondas y me brindó una reflexión que me sigue dando vueltas a la cabeza: “Los españoles se hacen liberales cuando salen del país, y si son liberales en España, están en la cárcel o viven en un exilio interior”.

Hablamos del General Cabrera, el Tigre del Maestrazgo en las dos primeras guerras carlistas, que se hizo liberal, tolerante y pacificador en el exilio cuando, casado con una rica heredera británica, se trasladó un plácido pueblo en la campiña inglesa que tiene el lírico nombre de Virginia Waters. Y de Jovellanos, encerrado en Mallorca en la cartuja de Valldemossa y en el castillo de Bellver, y



Gregorio Marañón.

del Conde de Aranda, aragonés de pro como Pizarro, que se carteaba con Voltaire y que, siendo embajador en París cuando se firmó el tratado de paz de Versalles de 1783, conoció a los padres fundadores de los Estados Unidos de América y se interesó mucho por la Declaración de Independencia que habían redactado. Aranda, que es el héroe total de Pizarro, murió en el exilio interior, en el pueblo de Épila, Zaragoza.

Pensé que la reflexión de Pizarro es muy aplicable a la biografía del propio Marañón. Encarcelado por su liberalismo en la dictadura de Primo de Rivera, Marañón tuvo que salir del Madrid de los milicianos en 1936 por ser liberal y, por ser liberal, no pudo volver al Madrid de la tropa franquista en 1939. Su exilio en París reforzó, si cabe, un liberalismo que había asumido en su juventud y cuando por fin volvió a España, vivió, en lo político, como Ortega y Gasset, como Ramón Pérez de Ayala y como tantos otros amigos liberales de su generación, un exilio interior. Como ellos, Marañón entendió el liberalismo como una conducta. En el prólogo de los ensayos liberales que publicó en 1947, explicó que ser liberal consiste en “primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin”.

Estado liberal

Pero es una reflexión triste la de Pizarro, muy española diría yo, propia del “me duele de España” y del unamuniano Sentimiento Trágico de la Vida, siendo Miguel de Unamuno otro más que descubrió el liberalismo en el exilio. Es verdad que desde la Guerra de Independencia en adelante, la historia de España cuenta un fracaso tras otro en el intento de crear lo que Jovellanos anticipó, hace más de doscientos años, que debería de ser un Estado liberal. Esto lo han estudiado mucho los que intervienen en las jornadas dedicadas a Marañón y el Liberalismo. Es el caso del profesor Miguel Artola, que da la conferencia inaugural esta tarde, y del profesor Santos Julia, que cierra el ciclo el jueves. Y también, entre otros, el de los profesores Juan Pablo Fusi, coordinador de esta Semana Marañón; José Varela Ortega, patrono de la Fundación Gregorio Marañón; y Antonio López Vega, director de la misma. Y también es verdad que ahora que España goza de un sistema de libertades, el discurso y la maquinaria electoral de los partidos políticos ofende toda conciencia liberal mínimamente desarrollada.

Sin embargo, Marañón, que decía que tenía confianza en España “porque la conozco”, fue un hombre profundamente optimista. Este ciclo que honra su memoria en la Real Casa de Correos es una muestra de que el liberalismo como conducta interesa. Se me ocurre, como a Manuel Pizarro y a muchos más, que interesa porque es una conducta necesaria. Se es liberal, decía Marañón, “como se es limpio, como uno se resiste por instinto a mentir”.



Carlos Rodríguez Braun



De pactos y camelos

Ante los escándalos, la corrección política clama por un pacto de Estado para reducir la corrupción. Pero los pactos de Estado aspiran a ayudar al Estado. Saludamos alborozados los Pactos de la Moncloa, cuando legitimaron al Estado para subir los impuestos, y los subió espectacularmente alegando, cómo no, que lo hacía sólo para satisfacer una “demanda social”, excusa que eludía la consideración de una permanente demanda de los españoles: no pagar más impuestos. El idolatrado Pacto de Toledo es, como decía mi amigo Rafael Termes, un pacto de silencio para que las autoridades oculten la realidad de nuestro sistema de pensiones, que ni es nuestro ni es un sistema de pensiones.

Lo mismo sucede con la corrupción, y se convocan los imprescindibles acuerdos para combatir esa “lacra” o ese “cáncer”, que puede acabar con la democracia. Pero la corrupción no acaba con la democracia, sino que socava la legitimidad de la coacción política, y por eso alarma a sus practicantes y benefactores. Para resolver ese problema, el suyo, se arremolinan en torno a pactos, como si un pacto hecho por los poderosos fuera siempre bueno y fuera a cumplirse siempre, como si pudiera ponerse límites quien tiene el poder para romperlos, y lo hace cuando le conviene. Véase en España el pacto antitransfuguismo. Véase en Europa la severidad de las autoridades comunitarias, que cuando un país tiene déficit público, y viola por tanto el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, rápidamente se le lanzan admoniciones, pero se le permite que siga con el déficit hasta que su Gobierno juzgue adecuado recortarlo. Todos recordamos el famoso “requisito” de Maastricht del 60% del PIB de endeudamiento público: como casi nadie lo cumplía, ¿quitaron el requisito! ¿Y éstos van a acabar con la corrupción mediante un pacto?

La corrección política llega al extremo de aceptar chantajes como que debemos pagarles más a los políticos: como ganan poco, ¡hay que pagarles más para que no roben! O las listas abiertas como Bálsamo de Fierabras. O la “solución” de las finanzas municipales (¿no lo adivinan?): subir los impuestos. O el aumento de la regulación, cuando, como apuntó Pedro Schwartz en estas páginas, la corrupción cunde principalmente en las actividades reguladas. Todas las recetas proliferarán, menos la vieja de Lord Acton: para contener la corrupción del poder no hay que darle más poder, sino menos.

EL MUNDO

Domingo, 15 de noviembre de 2009. AÑO XXI. NÚMERO: 7.272. EDICIÓN MADRID. PRECIO: 2,20 EUROS

MERCADOS

Opinión del experto

Una lista de reformas

TOM BURNS MARAÑÓN

Y o es que no creo que la economía española tenga un talón de Aquiles. Pienso que en este globalizado mundo nuestro la cuenta de resultados de nuestros dineros tiene una pierna entera y parte de la otra expuestas a los mortales dardos que lanzan economías más productivas y más competitivas. Otros hacen para un mercado planetario cosas mejores, más bonitas y más baratas que las que antes se hacían aquí. España tuvo su ventanal de oportunidad cuando comenzaron los acuerdos preferentes con el entonces Mercado Común y cuando, por fin, consiguió el carné de socio de la Europa rica en 1986. Entonces sus costes de producción eran baratos.

Se desaprovechó la oportunidad de utilizar esta ventaja competitiva para poder invertir en calidad y en excelencia, en formación profesional y en conocimientos de gestión y así convertir costes bajos en valor añadido. Fue la borrachera del nuevo rico y en lugar de adquirir nuevas habilidades y herramientas, España sesteó. La cultura del emprendedor fue sustituida por la búsqueda de un lugar al plácido sol de la función pública.

¿Reformas? Todas. Piensen en las rigideces del mercado laboral, en la absurdez de los horarios comerciales, en las múltiples trabas que se ponen a la apertura de cualquier negocio, en la nefasta ley del suelo, en la ineficacia de solemnidad que representa el Inem, en los despilfarros de la enorme burocracia de la cual se ha dotado este país, en el peso que representa la Seguridad Social para toda pyme, en el desastre que define la educación... es una lista que no acaba.

Reformar todo esto requiere un determinado liderazgo y muchos ejemplos. Un liderazgo que impulse un sentido de responsabilidad individual y una ética de esfuerzo y de afán de superación. Este impulso se echa en falta, pero ejemplos los hay. A pesar de todo España tiene estupendas empresas y profesionales. Hay que confiar en la sociedad civil y darle alas.

© Mundinteractivos, S.A.